tándola á confesarse y comulgar dignamente. Cuando estaba en las tierras del general, enseñaba la doctrina á los niños y á los pobres labradores, y les daba las instrucciones necesarias para que se confesasen; negábase todo descanso, para que siempre le hallasen en el confesonario los que quisieran acercarse á él. Como la esposa del general observaba la vida de Vicente y debidamente estimaba su rara virtud, dispuso entregarle el gobierno de su alma, eligiéndolo por su padre espiritual; resistióse el siervo de Dios cuanto pudo, porque le parecia que aun en tribunal tan sagrado podia peligrar su humildad, familiarizándose con el trato de una señora tan principal; que sabe la soberbia introducir el veneno en las cosas mas santas. Viendo la señora que nada alcanzaba con sus ruegos, recurrió al Padre Berulle para que mandase á Vicente lo que ella deseaba, y obligado por la obediencia, aceptó aquella carga, pesada para él, por serlo la honra para los humildes.

CAPITULO VI.

Da ocasion á la primera mision de Vicente, una confesion general que le hizo hacer á un labrador.

Mucho favoreció Dios á la casa del general Gondí con haber llevado á ella á nuestro Vicente; pero la buena conversacion de este aprovechó mas particularmente á la señora. Comenzó á confesarla como hemos dicho, por obedecer al P. Berulle; y si bien antes habia sido de notoria virtud, luego que se puso bajo la direccion de tan insigne maestro, caminó rápidamente á la perfeccion. Miraba despues á sus vasallos como si fuesen sus hijos: componia sus pleitos, y no permitia que gastasen sus intereses en los tribunales: ella misma los oia y los despachaba, enseñando de este modo á sus ministros, á juzgar con desinteres, y á hermanar la piedad con la equidad y la rectitud; repartia á los pobres cuantiosas limosnas, visitaba á los enfermos y les servia con sus propias manos; era finalmente en sus estados el refugio de los huérfanos, el consuelo de los afligidos, el remedio de los necesitados y la madre piadosísima de todos; así creció de dia en dia aquella ilustre planta con el jugo de la doctrina que le enseñaba Vicente.

Era la casa del general Gondí un espejo de honra, piedad y devocion, siguiendo la familia los pasos de su señora, que siempre los grandes personages, si con los vicios escandalizan, con las virtudes no solo edifican, sino que despiertan el deseo de imitarlos. Vivia la señora retirada de la corte en una casa de campo de la provincia de Picardía, llamada Folleville, y estando allí nuestro Vicente, fué llamado un dia de un lugar vecino para confesar á un labrador que estaba gravemente enfermo, y tenia fama de hombre honrado y virtuoso; Vicente lo persuadió á que hiciese una confesion general, por cuyo medio consiguió librarlo de una muerte eterna, porque hasta entonces habia callado, siempre que se confesaba, muchos pecados por vergüenza, cosa que él mismo declaró á varias personas que allí estaban, á quienes dijo ademas: «Si no hubiera hecho «esta confesion general, me hubiera condenado sin remedio."

Hablando despues Vicente de este suceso con los suyos, decia: «La vergüenza es causa de que muchos de estos pobres «labradores oculten gran parte de sus pecados, viviendo de este «modo en continuo peligro de condenarse. ¡Ah Dios mio, cuán im«portante es la confesion general para remediar estos males! «Este hombre del que os he hablado decia, que sin esta confe«sion, claramente conocia que se hubiera condenado, porque no «estaba verdaderamente poseido del espíritu de penitencia, en «virtud del cual, concibe el alma tal horror al pecado, que «no solamente lo confiesa al sacerdote, sino que está tan bien «dispuesta, que lo confesaria públicamente si fuese necesa«rio para su salvacion. He conocido muchas personas que des«pues de haber hecho una confesion general, han querido de«cir públicamente sus pecados, y no sin trabajo he podido evitar«lo: y aun cuando espresamente se los prohibia, me decian: No, «yo los publicaré á todos, he sido un malvado, merezco la muer«te. Mirad pues la eficacia del espíritu de Dios y la fuerza de «la contricion; esto que os refiero lo practicaron los Santos mas «grandes: S. Agustin ha publicado en todo el mundo sus peca«dos y sus yerros en el libro de sus Confesiones; San Pablo, «antes que él, declaró en sus epístolas que habia sido un blasfe-

«mo y perseguidor de la Iglesia; esto hicieron los dos para ma-
«nifestar que la misericordia divina habia sido tan grande para
«con ellos, cuanto su ingratitud habia sido mayor para con Dios.
«Tan bien produjo la gracia en el corazon de aquel labrador es-
«te saludable efecto, que le hizo confesar públicamente y en pre-
«sencia de su señora, las sacrílegas confesiones que habia hecho,
«y los enormes pecados de su vida pasada, dando ocasion con es-
«to, á que tan virtuosa muger esclamase llena de espanto: ¡Oh
«Señor Vicente, qué es lo que oimos! tal vez lo mismo sucede á
«la mayor parte de esta pobre gente; y si este que era tenido por
«hombre honrado, estaba en tan gran peligro de condenarse, ¿qué
«sucederá á los otros que no viven tan ajustadamente? ¡Ah Señor
«mio, cuántas almas se pierden! ¿Qué remedio podremos poner pa-
«ra evitar tan gran mal? Sucedió esto en el mes de Enero de
«1617, y esta señora me rogó que el dia de la conversion de S.
«Pablo, predicase en la Iglesia de Folleville, exhortando á todos á
«que hiciesen una confesion general, lo que hice manifestando el
«provecho que de ella se saca, y enseñando el modo de hacerla.

«Fué tan agradable á Dios (añadia Vicente) el buen deseo
«de esta señora, y dió tal bendicion á mi plática, que conmovi-
«do generalmente el pueblo, venian todos á hacer confesion ge-
«neral. Continué disponiéndolos con instrucciones familiares
«para recibir los Santos Sacramentos, y me puse á confesar-
«los; pero por el gran número de los que acudian al tribu-
«nal de la penitencia, no pude yo solo satisfacer á todos, y es-
«to obligó á la señora á que mandase rogar á los padres de
«Amiens que viniesen á ayudarme; escribió al padre rector
«que quiso venir en persona; pero no habiendo podido perma-
«necer con nosotros mucho tiempo, se retiró, y envió en su lugar
«al padre Furche, y así continuamos confesando, predicando
«y enseñando la doctrina cristiana. Pasamos despues á otras po-
«sesiones de la misma señora, en donde ejercimos las mismas
«funciones, siempre con numerosa asistencia del pueblo, y Dios
«bendijo en todas partes nuestros débiles esfuerzos. Este fué el
«primer sermon de la mision, y este el buen éxito que Dios qui-
«so darle, no sin misterio, en el mismo dia de la conversion de
«S. Pablo."

Hasta aquí son palabras del siervo de Dios, el cual duran-

te toda su vida, celebró con tierna devocion el dia de la conversion de S. Pablo: herencia que dejó á sus hijos, pues toda la Congregacion celebra esta fiesta con especial solemnidad. En este dia quiso el Señor, sin que Vicente entonces lo conociese, dar principio á la hermosa fábrica de la Congregacion de la mision, que hasta hoy sirve á la Iglesia de firme baluarte de la fe. Conoció la señora Gondí la importancia de este santo ejercicio, y atendiendo á la salud eterna de sus vasallos, determinó señalar una renta á alguna corporacion religiosa, para que cada cinco años fuese á hacer misiones en todas las poblaciones de sus estados; pero no habiendo encontrado quien aceptase con tal condicion la renta, dejó mandado en su testamento, que se pusiese á disposicion de Vicente para que la emplease en las misiones.

CAPITULO VII.

Sale Vicente de la casa del general Gondí para servir la parroquia de Chantillon, en donde hizo cosas maravillosas.

Ninguna espresion es bastante para hacer los merecidos encomios de la profundísima humildad de nuestro Vicente. Oblígame á pensar esto, la apariencia que hay de que fuese efecto de poco amor de Dios en Vicente lo que no era mas que consecuencia de su escesiva humildad. Porque ¿quién creerá que habiendo sacado tanto fruto de su primera mision, le retirase de tan fecundos trabajos el temor de no perderse en la abundancia de mieses?

Fué esta primera mision de Vicente para mucha gloria de Dios y utilidad de aquellos pueblos, y le grangeó una aclamacion general y el aprecio de todos, particularmente en la casa del general Gondí, en donde lo veneraban como varon celestial y hombre de zelo apostólico; y pareciéndole muy cierta la sentencia de Casiodoro, que los hombres se ensoberbecen fácilmente cuando se ven estimados y aplaudidos con generalidad, comenzó á recelar de sí mismo y á temer el veneno de la secreta complacencia, que ha hecho perecer no pocas almas por no haberlo evitado oportunamente. Viéndose, pues, oprimida su modestia